

grandes artistas, intentando alcanzar una participación en su *mirada* artística (su comprensión estética). Este trabajo aporta connaturalidad con la proporción, el equilibrio, la armonía, el orden, la jerarquía, etc., conceptos que son claves para conseguir el equilibrio emotivo (o recuperarlo si se ha perdido).

Educar en la apreciación de la belleza implica enseñar a entender, encuadrar, apreciar, interpretar, dejarse inspirar, en cierto modo reproducir o imitar, saber escuchar o contemplar, y hacer silencio para recibir el mensaje artístico. Todo esto ordena la función activa de la imaginación y, a través de ella, los afectos.

## **2. La función educativa del ideal y el sentido**

### **(a) El ideal**

Llama la atención la insistencia con que el P. Irala, en su conocido libro “Control cerebral y emocional”, menciona la necesidad de un ideal en el trabajo de educación de los afectos y el enseñoramiento de la propia persona. “¡Cuántas energías perdidas por falta de unidad psíquica! Y podrían ser grandes genios, inventores, artistas, santos, si aprendiesen a concentrar sus fuerzas intelectivas y volitivas en un ideal”<sup>157</sup>; “El ocio y la falta de ideal u ocupación, producen más neuróticos que el trabajo”<sup>158</sup>; “Tanto más se perfeccionará cuanto más se olvide de sí en bien de los demás, o de un ideal”<sup>159</sup>. Entre los elementos negativos que hay que combatir para lograr la felicidad, el mismo autor indica: “Superar esa afectividad negativa y deprimente con otra positiva, sublime y ennoblecedora, con el amor a un ideal, a Dios, a las almas, al cielo”<sup>160</sup>. Entre las vías positivas señala la vía “volitiva, o el poder producir mediante el ejercicio de una voluntad firme y constante, lo que ha de ser

---

<sup>157</sup> Irala, N., *Control cerebral y emocional*, Buenos Aires (1994), 36.

<sup>158</sup> *Ibidem*, 144.

<sup>159</sup> *Ibidem*, 183.

<sup>160</sup> *Ibidem*, 268.

apreciado y ha de causar satisfacción, es decir, el poder realizar un ideal”<sup>161</sup>. Finalmente, dedica todo un capítulo al tema “Escoger un ideal”<sup>162</sup>. El ideal, pues, concentra las energías, las eleva, armoniza la personalidad y es un elemento fundamental en la consecución de la propia felicidad.

Un ideal implica dos cosas correlativas: *objetivamente*, indica hacer de alguna realidad concreta el blanco de las aspiraciones personales; *subjetivamente*, es la tendencia o inclinación intensa y permanente hacia ese objeto. Un ideal integra todas las fuerzas de la persona: las cognoscitivas (el ideal es una “idea” clara, concreta, nítida, fija, permanente, que atrae todo el poder de concentración de la persona), las afectivas (el ideal atrae las inclinaciones afines y neutraliza las opuestas), y las volitivas y ejecutivas (el ideal es lo principalmente querido por la voluntad, con lo que aumenta la misma energía del acto volitivo y su capacidad de ejecución de los actos que conducen a él).

Pero esta descripción perfectiva del ideal sólo vale adecuadamente para los ideales que encarnan valores *auténticos* de la persona (o sea, los correspondientes a los fines naturales humanos). No ocurre lo mismo con los “falsos ideales”. También los falsos valores pueden convertirse en un “ideal” para algunas personas: el sexo, la diversión, el dominio, la bebida, la riqueza o la ambición, pueden tornarse *fines* de la actividad humana. Podemos llamarlos “ideales” en sentido análogo, porque también empeñan todas las energías de la persona. Pero esas energías no se potencian sino provisoriamente, desgastándose paulatinamente. La pasión idealizada desune, produce desarmonía interior, porque el bien que intenta, es —si es un bien y no sólo apariencia de bien— parcial e incompatible con el *bien integral* de la persona y, por tanto, termina por desinte-

---

<sup>161</sup> *Ibidem*, 269.

<sup>162</sup> *Ibidem*, 277-288.

grar la misma unidad psíquica y espiritual, introduciendo dolor, tristeza, inquietud, remordimiento e, incluso, locura.

“El ideal noble —dice Irala— da unidad, armonía, vigor y plenitud a nuestra vida, aumentando la perfección física y psíquica de nuestros actos. La unidad de pensamiento y de deseo acaba con las ideas parásitas, facilitando la concentración y dando al trabajo y al estudio su agrado y rendimiento máximo”<sup>163</sup>.

Es un sano “monoideismo”; no en el sentido de una idea fija, monopolizadora y obsesiva, sino al modo de una idea arquitectónica, es decir, ordenadora (eso quiere decir arquitectónico) y centralizadora de las energías de la persona. “Para educarnos y perfeccionarnos, ¡qué fuerzas desarrolla el ideal! ¡A cuántos tímidos hizo héroes el ideal patriótico! El de la ciencia o de los descubrimientos, ¡qué constancia y agrado en superar dificultades no ha producido! El de la santidad o del sacerdocio y aún el de la familia cristiana, ¡a cuántos jóvenes conservó sin mancha entre los cenagales de la sensualidad!”<sup>164</sup>.

Pero, para esto, es necesario que el ideal: (a) no esté en pugna con nuestro bien total (por tanto, con el fin último de nuestra vida, que es Dios); (b) sea acorde a nuestras aptitudes; (c) que sea superior a nosotros (para que nos eleve y nos sublime); (d) que sea práctico (o sea, capaz de ser realizado en el momento presente, si no en lugar de un *hombre con un ideal*, tendríamos un *idealista*... utópico); (e) que sea expresable en pocas palabras (para que pueda reiterarse constantemente en el corazón).

En este sentido, hay muchos ideales nobles y ennoblecedores de la persona, como lo demuestran los héroes y personajes célebres de la historia. Pero, por encima de todos ellos, hay un ideal de los ideales, que es Jesucristo. “Los ejemplos y

---

<sup>163</sup> *Ibidem*, 279.

<sup>164</sup> *Ibidem*, 280.

las palabras de una persona —dice Santo Tomás— tanto más eficazmente inducen a la virtud cuanto más fuerte opinión se tiene de su bondad. Pero de la bondad de ningún mero hombre se podría tener una opinión infalible, ya que aún los varones más santos han tenido defectos. Por lo cual, para que el hombre se afirmara en la virtud, fue necesario que recibiera de Dios humanado (*a Deo humanato*) la doctrina y el ejemplo de virtud. Por eso dice el Señor: *Os he dado ejemplo para que así como yo he hecho, también hagáis vosotros* (Jn 13,15)<sup>165</sup>.

La madurez —nosotros los cristianos lo sabemos bien— es Cristo. Él revela al hombre el *Hombre* perfecto, es decir, el *Hombre-Maduro* (intelectual, volitiva y afectivamente hablando). Lo dice, sin ambages, San Pablo: *Hasta que lleguemos (...) al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo* (Ef 4,13). Solo alcanzando esta medida de madurez, el hombre abandona atrás la labilidad infantil y deja de ser *llevado a la deriva* por sus caprichos, y *zarandeado por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce al error*, incapaz de discernimiento maduro; para, en cambio, *crecer en todo, sinceros en el amor, hasta quien es la Cabeza, Cristo* (cf. Ef 4,14-15).

### (b) El “sentido”

En estrecha relación con el ideal, mencionamos lo que Viktor Frankl llama “sentido”. El ideal inspira y da sentido último a toda la vida y a cada acto que se ordena a ese ideal, y, bajo este aspecto, pueden identificarse. Pero también puede hablarse de “sentido” con una acepción más próxima, como motivación inmediata. Escribe Elisabeth Lukas: “Según Frankl, el ser humano sano y mentalmente estable no aspira por naturaleza a la felicidad sino al sentido<sup>166</sup>. La existencia

<sup>165</sup> Santo Tomás de Aquino, *Suma Contra Gentiles*, IV, 54, n. 3928.

<sup>166</sup> Esta afirmación de la Dra. Lukas no debe entenderse en el sentido de “felicidad última y definitiva”, la cual toda creatura desea de modo natural (*creatura intellectualis [...] naturaliter desiderat felicitatem*: Santo Tomás, *Suma Contra*

propia se llena de significado y la vida merece la pena vivirla cuando hay una dedicación a algo fascinante, a un objetivo autoimpuesto, a una obra o a las personas queridas. La felicidad aparece entonces en forma de efecto secundario, y los posibles períodos de infelicidad vividos se podrán soportar valientemente desde el conocimiento de que en el obrar propio existe, a pesar de todo, un sentido. Quien sabe de algo que necesita su fuerza y que vale la pena aplicarla, también obtiene esa fuerza. Es decir: el ser humano es feliz —y también capaz de sufrir— cuando descubre significados que enriquecen y llenan su vida”<sup>167</sup>.

El sentido, entendido como “motivo”<sup>168</sup> puede ser algo más concreto que el ideal e, incluso, puede ir cambiando a lo largo de la vida. Cuando lo que daba sentido a nuestro obrar desaparece, siempre podemos encontrar otro sentido-motivo para seguir luchando. Si la felicidad del marido puede dar sentido a los sacrificios y proyectos de una esposa, también puede ésta —al ser injustamente abandonada— encontrar sentido para seguir luchando en el ejemplo que debe dar a sus hijos o en ser fiel a la palabra dada a Dios el día de su boda.

El o los motivos pueden cambiar, mientras el ideal permanece como última fuente de inspiración. Y es este último el que produce una vida centrada y da sentido a todos los ac-

---

*Gentiles*, III, 62), sino como felicidad actual (es decir, placer, gratificación). Dice Frankl: “Los neurólogos lo sabemos por experiencia, pues la vida clínica cotidiana demuestra que es precisamente la falta de un «motivo para ser feliz» lo que impide ser felices a las personas que padecen una neurosis sexual —al hombre con trastornos de potencia o a la mujer frígida—. Pero, ¿a qué se debe este desvío patológico del «motivo para ser feliz»? A un interés forzado hacia la felicidad misma, hacia el placer mismo. ¡Qué razón tenía Kierkegaard cuando decía que la puerta de la felicidad se abre hacia afuera, y a quien intenta «derribarla» se le cierra con llave!” (Frankl, *La psicoterapia al alcance de todos*, Barcelona [1990], 14).

<sup>167</sup> Lukas, E., *Libertad e identidad. Logoterapia y problemas de adicción*, Barcelona (2005), 12.

<sup>168</sup> “Yo diría que lo que el hombre quiere realmente no es, al fin y al cabo, la felicidad en sí, sino un motivo para ser feliz” (Frankl, *La psicoterapia al alcance de todos*, Barcelona [1990], 13).

tos de la vida, *incluidos los que implican renunciaciones, sacrificios y sufrimiento*, como lo demuestran todos aquellos hombres y mujeres que *con gusto y satisfacción* han gastado sus vidas — aceptado la enfermedad y la muerte— por un ideal.

### 3. La función educativa del esparcimiento

Señalo, también, la función educadora del plano afectivo de todo cuanto podemos englobar bajo el título de “sano esparcimiento”. La falta de una sana recreación —contacto con la naturaleza, juego, diversión, deporte— se cobra un precio muy alto en el mundo de las emociones que van cultivándose de modo envenenado o con excesiva presión. La recreación sana es un modo de contacto con la realidad extrapsíquica y un contrapeso necesario para el trabajo intrapsíquico que constantemente está realizando nuestra alma. En 1934, en uno de sus libros sobre educación, escribía Don Carlo Gnocchi: “la diversión, no sólo es sumamente útil, sino absolutamente necesaria”<sup>169</sup>. Y explicaba: “¿Cuál es la función de la diversión? Se dice rápidamente: la misma del sueño. Así como en las horas consagradas a Morfeo, el organismo se renueva, expelle los tóxicos de los tejidos, repara las células y recarga los acumuladores de energía vital, al punto que el cuerpo (tras algún sonoro bostezo) puede volver ágil y fresco al sólito trabajo, así, durante las horas del juego y de la recreación, el joven se reposa y reconstituye las energías psíquicas para retomar voluntarioso el estudio y el trabajo”<sup>170</sup>. “Es por esto que los educadores cristianos de todos los tiempos dieron a la diversión un lugar importantísimo en sus sistemas pedagógicos y en sus instituciones destinadas a la juventud (...) Vean, si no, las reglas monacales del primer medioevo, en las que los fundadores destinaron una gran parte a la recreación de la mente y

---

<sup>169</sup> Tomo varias de estas ideas de Gnocchi, Carlo, *Andate e ingegnate. Conferenze per educatori nell'Oratorio e nell'Azione Cattolica*, en: Gnocchi, C., *Gli Scritti*, Milano (1993), 98-108.

<sup>170</sup> *Ibidem.*, 98-99.